

# Madre de los valientes de la guerra

[Poema - Texto completo.]

Miguel de Cervantes Saavedra

Madre de los valientes de la guerra,  
archivo de católicos soldados,  
crisol donde el amor de Dios se apura,  
tierra donde se ve que el cielo entierra  
los que han de ser al cielo trasladados  
por defensores de la fe más pura:  
no te parezca acaso desventura,  
¡Oh España, madre nuestra!,  
ver que tus hijos vuelven a tu seno  
dejando el mar de sus desgracias lleno,  
pues no los vuelve la contraria diestra:  
vuélvelos la borrasca incontrastable  
del viento, mar, y el cielo que consiente  
que se alce un poco la enemiga frente,  
odiosa al cielo, al suelo detestable,  
porque entonces es cierta la caída  
cuando es soberbia y vana la subida.

Abre tus brazos y recoge en ellos  
los que vuelven confusos, no rendidos,  
pues no se escusa lo que el cielo ordena,  
ni puede en ningún tiempo los cabellos  
tener alguno con la mano asidos  
de la calva ocasión en suerte buena,  
ni es de acero o diamante la cadena  
con que se enlaza y tiene  
el buen suceso en los marciales casos,  
y los más fuertes bríos quedan lasos  
del que a los brazos con el viento viene,  
y esta vuelta que ves desordenada  
sin duda entiendo que ha de ser la vuelta  
del toro para dar mortal revuelta  
a la gente con cuerpos desalmada,  
que el cielo, aunque se tarda, no es amigo  
de dejar las maldades sin castigo.

A tu león pisado le han la cola;  
las vedijas sacude, y arrevuelve

a la justa venganza de su ofensa,  
no sólo suya, que si fuera sola,  
quizá la perdonara: solo vuelve  
por la de Dios, y en restaurarla piensa.  
Único es su valor, su fuerza inmensa,  
claro su entendimiento,  
indignado con causa, y tal que a un pecho  
cristiano, aunque de mármol fuese hecho,  
moviera a justo y vengativo intento.  
Y más, que el galo, el tusco, el moro mira,  
con vista aguda y ánimos perplejos,  
cuáles son los comienzos y los dejos,  
y dónde pone este león la mira,  
porque entonces su suerte está lozana  
en cuanto tiene este león cuartana.

Ea pues, ¡oh Felipe, señor nuestro,  
Segundo en nombre y hombre sin segundo,  
columna de la fe segura y fuerte!,  
vuelve en suceso más felice y diestro  
este designio que fabrica el mundo,  
que piensa manso y sin coraje verte,  
como si no bastasen a moverte  
tus puertos salteados  
en las remotas Indias apartadas,  
y en tus casas tus naves abrasadas,  
y en la ajena los templos profanados;  
tus mares llenos de piratas fieros,  
por ellos tus armadas encogidas,  
y en ellos mil haciendas y mil vidas  
sujetos a mil bárbaros aceros,  
cosas que cada cual por sí es posible  
a hacer que se intente aun lo imposible.

Pide, toma, señor, que todo aquello  
que tus vasallos tienen se te ofrece  
con liberal y valerosa mano  
a trueque que al inglés pérfido cuello  
pongas el justo yugo que merece  
su injusto pecho y proceder insano;  
no sólo el oro que se adora en vano,  
sino sus hijos caros  
te darán, cual el suyo dio don Diego,  
que, en propia sangre y en ajeno fuego,  
acrisoló los hechos siempre raros  
de la casa de Córdoba, que ha dado  
catorce mayorazgos a las lanzas

moriscas, y, con firmes confianzas,  
sus obras y su nombre han dilatado  
por la espaciosa redondez del suelo,  
que el que así muere vive y gana el cielo.

En tanto que los brazos levatares,  
gran capitán de Dios, espera, espera  
ver vencedor tu pueblo, y no vencido;  
pero si de cansado los bajares,  
los suyos alzaré la gente fiera,  
que para el mal el malo es atrevido;  
y en tu perseverancia está incluído  
un felice suceso  
de la empresa justísima que tomas,  
y no con ella un solo reino domas,  
que a muchos pones de temor el peso;  
aseguras los tuyos, fortaleces  
lo que la buena fama de ti canta,  
que eres un justo horror que al malo espanta  
y mano que a los justos favoreces;  
alza los brazos, pues, Moisés cristiano,  
y pondralos por tierra el luterano.

Vosotros que, llevados de un deseo  
justo y honroso, al mar os entregaste  
y el ocio blando y el regalo huiste,  
puesto que os imagino ahora y veo  
entre el viento y el mar que contrastaste  
y los mortales daños que sufriste,  
d'entre Scila y Caribdis no tan tristes  
salís que no se vea  
en vuestro bravo, varonil semblante  
que romperéis por montes de diamante  
hasta igualar la desigual pelea;  
que los bríos y brazos españoles  
quilatan su valor, su fuerza y brío  
con la hambre, sed, calor y frío  
cual se quilata el oro en los crisoles,  
y, apurados así, son cual la planta  
que al cielo con la carga se levanta.  
El diestro esgrimidor, cuando le toca  
quien sabe menos que él, se enciende en ira  
y con facilidad se desagravia;  
y en la orilla del mar la fuerte roca,  
mientras su furia a deshacerla aspira,  
muy poco o nada su rigor la agravia;  
y es común opinión de gente sabia

que cuanto más ofende  
el malo al bueno, tanto más aumenta  
el temor del alcance de la cuenta,  
que siempre es malo del que mal espende.  
Triunfe el pirata, pues, ahora y haga  
júbilo y fiestas, porque el mar y el viento  
han respondido al justo de su intento  
sin acordarse si el que debe paga,  
que, al sumar de la cuenta, en el remate  
se hará un alcance que le alcance y mate.

¡Oh España, oh rey, oh mílites famosos!,  
ofrece, manda, obedeced, que el cielo  
en fin ha de ayudar al justo celo,  
puesto que los principios sean dudosos,  
y en la justa ocasión y en la porfía  
encierra la vitoria su alegría.